

PULGARCITO

VOL. II • NUM. 12 • DICIEMBRE • 1920 • 25 • CTS.



JUGAREMOS A...



BALTASAR

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

CON EL APOYO DEL
GOBIERNO FEDERAL



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital de la revista “Pulgarcito” ha sido realizada como resultado de la Tesis de Licenciatura en Ciencias de la Información: “Revista Infantil Pulgarcito: una organización de información desde los supuestos de las Humanidades Digitales” por Luis Miguel Rondón Díaz en el año 2017.

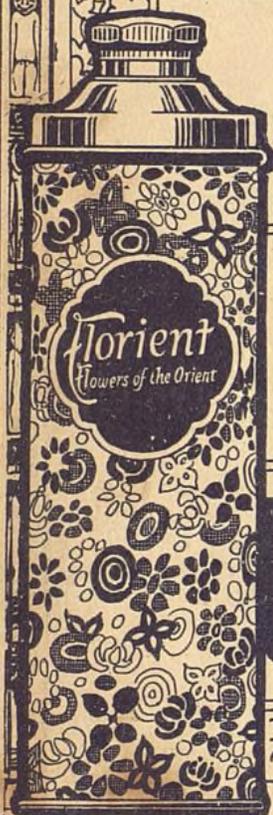
Se digitalizaron los números pertenecientes a la Biblioteca Histórica Cubana y Americana “Francisco González del Valle” y de la Biblioteca “Fernando Ortiz” del Instituto de Literatura y Lingüística.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador



Secura



RECOMIENDA A TUS
HERMANOS MAYORES,
QUE TODOS LOS
MESES LEAN LA
MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

\$3⁰⁰ AL AÑO

30⁰⁰ EL NUMERO


 PATRIMÓN
 DOCUMENTAL

CARTELES

La Mejor Revista de Espectáculos
de la América Latina.

CINES, DEPORTES,
TEATROS

Director Gerente:

OSCAR H. MASSAGUER

Oficinas: SOL 85. Cable CARTELES

30 CTS.

el Número



Carmen Goler Verdugo

Of. Hande.

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a peseta. El año entero dos pesas.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es 1-1119.

CONRADO W. MASSAGUER

DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALA DE BARROS (Ariana)

JEFE DE REDACCION



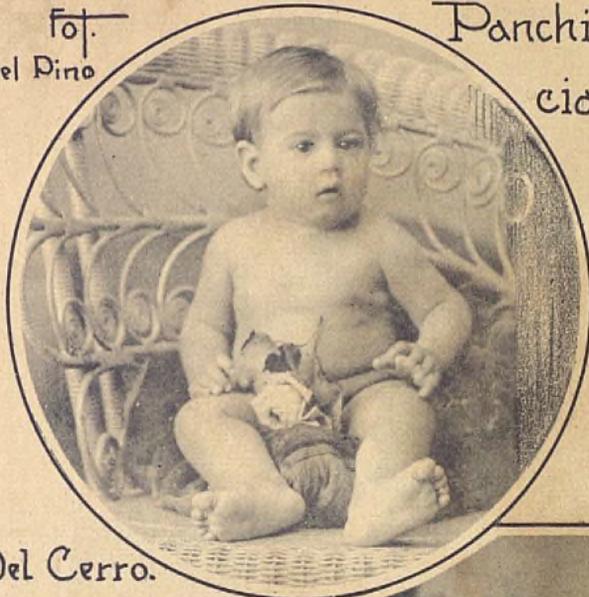
Fot.
American
Photo.

Bertha Loret de Moja
— y Betancourt
De Camagüey.



Fot.
del Pino

Panchito Gar-
cia Miró.



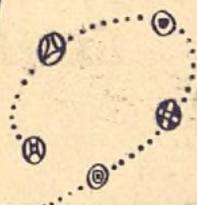
De la Habana.

Del Cerro.

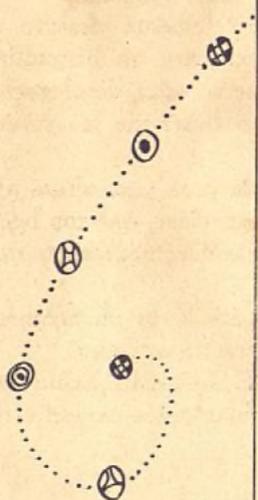


Silvio Villa-
zon y Cuervo
Fot. Sainz

José Luis Mar-
tínez Ortiz.



Por. Alonso.



Zenón Soria
López.
de Matanzas

PULGARCITO

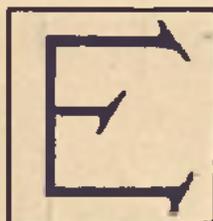
"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II. LA HABANA. DICIEMBRE 1920 NUM. 12

EL HIJO DEL CAPITAN

Por HUGO WAST



ERA hace muchos años, cuando había piratas, en una hermosa noche del mes de Abril.

El mar, oscuro como la tinta, sólo reflejaba algunas estrellas en sus olas inquietas.

"Hubiera estado completamente desierto si en aquel instante no lo cruzara un bergantín-goleta de dos gavias, que a velas desplegadas huía de los peligrosos archipiélagos griegos en busca de las verdes costas de Sicilia.

Sus estrechas bandas, su fina y levantada proa y su airosa arboladura le revelaban como un velero de primera clase, que con buen viento y desplegando todo su velamen podía hacer cómodamente doce nudos por hora.

En el cuadro de popa se leía en doradas letras un nombre: *Palermo*. Podía suponerse, pues, que era un navío siciliano.

En efecto; su dueño y capitán, Giovanni Raffadali, había nacido en Catania, una de las más bonitas e importantes ciudades sicilianas.

Era un hombre de cuarenta años.

Gracias a un activo comercio que mantenía personalmente con los puertos de Levante, había logrado reunir riquezas suficientes para comprar una quinta a orillas del mar que tanto amaba, en donde vivía su esposa, y en la cual había vivido hasta los doce años su único hijo.

Llamábase Enrique, y era un robusto muchacho de ojos atezados y negros cabellos, y de tez un tanto bronceada, cual conviene a un hijo de Catania.

Amaba el mar como su padre, y le temía sin conocerlo; porque Enrique, a pesar de sus doce años, jamás había pisado el puente de un barco en alta mar.

Su padre quería hacer de él un digno sucesor suyo; pero esperaba que cumpliera los doce años para darle el bautismo de agua salada y hacerle conocer al padre común de los habitantes de la costas.

Mientras tanto, Enrique podía jugar en tierra firme con la barca de un viejo pescador, y una que otra vez, con buen tiempo, dar un paseito en ella.

—Mira, muchacho—solía decirle el pescador sentado a popa con la caña del timón en la mano:—empuña los remos, y ayuda un poco al viento. No es bueno dejarlo que trabaje solo.

Y Enrique empuñaba los remos y sudaba haciendo esfuerzos para ayudar al viento, consiguiendo en realidad desarrollarse las fuerzas en el rudo aprendizaje de marino.

Pero aquellos paseos no eran suficientes para saciar su ansia de viajar. ¡Qué no hubiera dado por cumplir cuanto antes los doce años para *largarse* al mar a bordo del bergantín-goleta de su padre!

Este era su sueño dorado. Cuando su cabeza reposaba en la almohada y su espíritu vagaba en lejanos países, sólo veía barcos, islas y mares infinitos, y hasta piratas con quienes combatía y a quienes, por supuesto, vencía.

Porque en aquellos tiempos de incesantes guerras el corso era un negocio que explotaban en competencia los piratas griegos, turcos y argelinos, de que estaban infestados los mares.

Llegó por fin el día en que Enrique cumplió doce años. Seguro de que su padre, a la sazón en viaje, no le iba a engañar, corrió al puerto a ver si había llegado el *Palermo*.

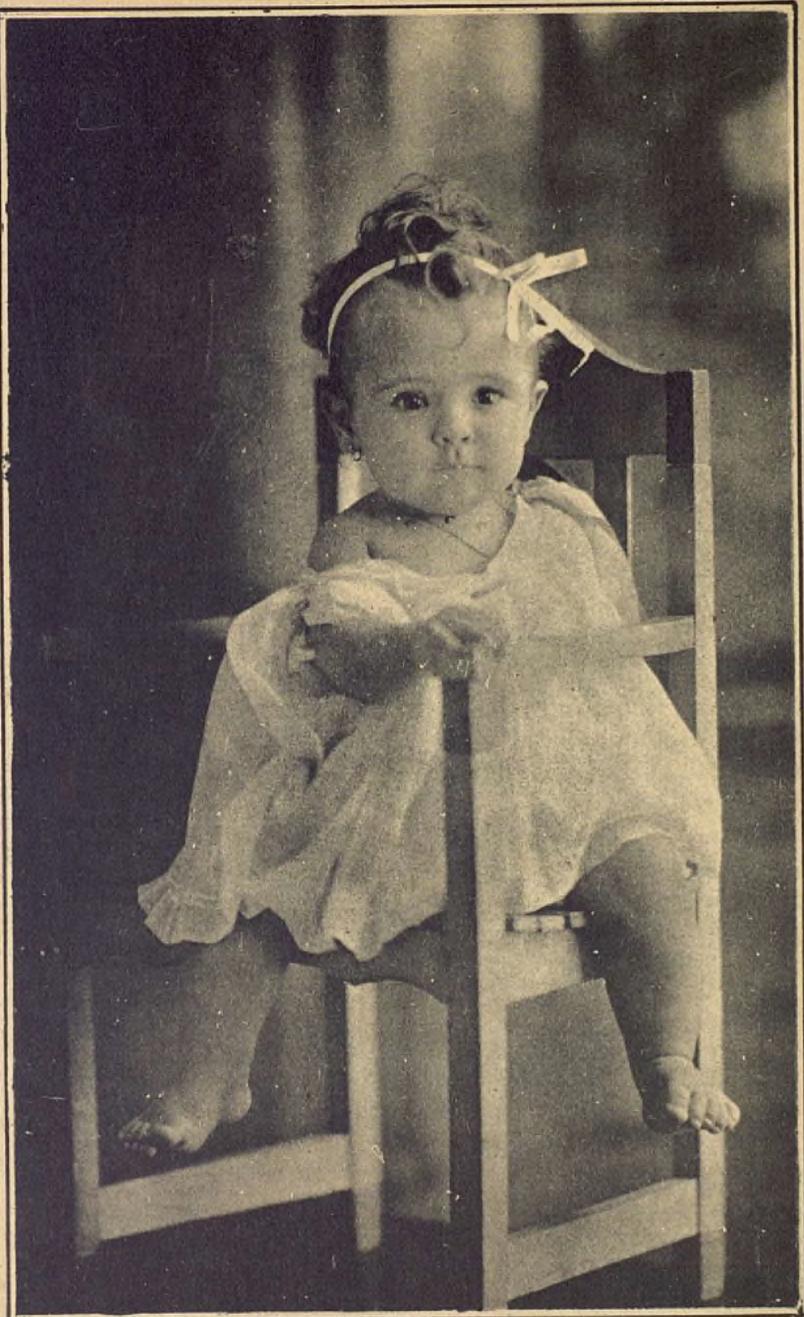
“Sí: allí estaba balanceándose sobre las olas, anclado desde la víspera.

El capitán Raffadali iba expresamente a cumplir la promesa hecha a su hijo. Este vió desde el muelle los preparativos de desembarque; un bote se desprendió de la banda de estribor, y a poco el muchacho caía en brazos de su padre.

—¡Amiguito!—le dijo éste.—Hoy te embarcas.

El niño no respondió: aquello era demasiado hermoso para creído. ¡Embarcarse! Había soñado tanto con aquel dichoso instante, que, entonces, apenas podía creer que estaba despierto.

Al día siguiente, después de haberse despedido de su madre, que se quedaba en tierra rogando por su esposo y por su hijo, Enrique, ya en el barco, advirtió el áspero chirrido de la cadena del ancla arrastrada por el cabrestante, el sordo crujir de la lona acaricia-



Dulce Maria Saavedra

UN FALSO
SANTA CLAUS
(Para colorear)



OFICINA DEL HISTORIADOR
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

UN FALSO
SANTA CLAUS
(Para colorear)



da por la brisa y, después, el estremecimiento de las maderas del bergantín, que se ponía en marcha.

¡Oh, el mar!

¡Con qué alegría saludó el muchacho las costas de su patria, que se perdían en lontananza! ¡Con qué fruición hundió la mirada en aquel vastísimo horizonte!

“Cielo y agua por doquiera; sólo a lo lejos, muy lejos, divisaba alguna vela blanca, que le parecía a veces las alas de una gaviota. De pronto, en medio de sus pensamientos, le asaltó un recuerdo, y se estremeció al mirar aquellos buques lejanos.

A su lado estaba el contraмаestre.

—¿No hay piratas?—le preguntó en voz baja, temeroso de pregonar su miedo.

El marino sonrió.

—¿Piratas? ¡El *Palermo* se ríe de ellos! Ven acá, y juzga tú mismo.

Y le condujo al interior del buque.

Allí, por cada banda asomaban sus negras bocas tres cañones.

—¿Qué te parece?—le preguntó.

El niño abrió los ojos sorprendido, y dijo:

—¿No es pirata mi padre?

—¡Bah!—exclamó el contraмаestre soltando una estruendosa carcajada; y añadió bajando la voz:—Tu padre... no tiene arboladura para tanto. Sin embargo, el buque puede ser un buen corsario. Con su andar, sus seis cañones y unos cuantos hombres decididos, ya podría largar trapo cualquier navío a la vista. Si tu padre quisiera, el Mediterráneo sería suyo.

Enrique cerró los ojos; creyó que el contraмаestre se burlaba de él.

—¡Vamos, chico; no te asustes!—dijo el marino.—¡Eso no es nada! Cuando veas el mar de fiesta y al *Palermo* bailando sobre las olas como una cáscara de nuez, entonces sí que podrás cerrar los ojos.

—¡Yo no tengo miedo al mar!—exclamó Enrique, avergonzado de que eso fueran a creer.

—¡Así me gusta! ¡Ni al mar, ni a los piratas!

—Ni a los piratas!—repitió Enrique.

El marinero reía con una risa áspera y dura. Parecía decir:

—¡Ya lo veremos!

Aquella noche Enrique preguntó a su padre:

—¿Cómo se llama el contraмаestre?

—Volpi. ¿Por qué, hijo mío?

—Quería saberlo. ¿Es buen marino? ¿De dónde es?

—Es de Palermo, y excelente marino.

—Pero ¿no es pirata?

—¡No!—exclamó el capitán riendo;—no es pirata.—Y añadió para sí:—Aunque, después de todo, no le iría mal en el oficio. ¡Tiene un aire de corsario! ¡Bah!—prorrumpió alegremente,—¡qué ha de ser!

Poco después el *Palermo* llegaba a los puertos de Levante. Allí estuvo anclado o recorriéndolos unos dos meses, que el capitán Raffadali empleó en aumentar sus riquezas. Sea que se condujera con más habilidad que nunca, sea que su crédito de buen mercader hubiera crecido, es lo cierto que las ganancias que realizó en aquel viaje fueron cinco veces mayores que las que había hecho en ningún otro. La bodega del *Palermo* volvía repleta de productos de la industria oriental: sederías, tapices, esencias y mil géneros diversos que hallaban fácil salida en los mercados europeos. Además, los cequíes abundaban en las arcas del afortunado capitán.

Aquel barco hubiera sido una presa magnífica para los piratas; pero, como decía el contraestre, el *Palermo* se reía de ellos por la negra boca de sus seis cañones.

Sería la media noche. El capitán dormía con Enrique en la cámara. El muchacho, sofocado por el calor que reinaba en ella y ansiando respirar la fresca brisa que en aquel momento hinchaba las velas del buque, subió a cubierta. Allí la obscuridad era completa; todas las luces se habían apagado. El silencio era demasiado profundo; sólo se oía el chapoteo de las olas que batían los costados del buque.

No dejaron de extrañarle a Enrique estos detalles, pues sabía que un barco en alta mar jamás debe apagar las luces de posición.

Intranquilo, dió algunos pasos, cuando oyó el crujir de una escotilla que se abría. Iba a retroceder para entrar en la cámara, cuando le interceptó el paso un hombre cuya figura se dibujaba borrosamente en la obscuridad. Sus pies desnudos no hacían ruido. Enrique apenas tuvo tiempo de ocultarse detrás de un rollo de cables, con el cual el otro 'ropezó.

—¡Diablo!—gruñó.—¡Casi me voy a pique! ¡Y todo por causa de ese bárbaro de Dimas que no echó el rollo a la sentina!

El muchacho estuvo a punto de dar un grito: por la voz y la estatura había conocido a Volpi.

“El contraestre se acercó a la rueda del timón; junto a ella estaba un hombre. Volpi no habló; lanzó un silbido muy suave, que, sin duda, era una señal convenida porque instantáneamente subieron dos o tres hombres, a cubierta, reuniéndose a los otros dos.

—¿Y Ben-Hissar?—preguntó el contraestre.

—En su puesto, junto a la puerta del camarote de proa—respondió una voz.

—¿Y Sphakia?

—¡Presente!—dijo una voz.

Todos hablaban en italiano, pero con pronunciado acento turco. Enrique buscó en su memoria los nombre que había pronunciado el contra maestre: estaba cierto de que los oía por primera vez. Eran, pues, hombres extraños a bordo. ¿Cómo habían entrado? ¡Misterio! Quizás—pensaba el muchacho—entre los fardos de la carga, y habían permanecido ocultos hasta entonces en la sentina. Esta no era una maniobra difícil estando en connivencia con el contra maestre. Pero no tenía tiempo de reflexionar: los hombres hablaban nuevamente, y no quería perder ninguna de sus palabras.

—¿Y la tripulación?—preguntaba uno.

—No podrá hacer nada—respondió el contra maestre.—Ben-Hissar tiene asegurada la puerta: quedará encerrada, y cuando pueda salir, ya será tarde.

—Entonces, ¿no queda más que el capitán?

—Nadie más que él y su hijo; vé, y entiéndete con ellos.

—¿Los mato?—preguntó el turco con atroz sangre fría.

—¡No, bárbaro!—exclamó riendo el contra maestre.—No hagas eso; tengo yo una cuenta que arreglar con el capitán: de todas maneras, hoy o mañana, la muerte le sabrá igual.

—¿Y al muchacho?—preguntó de nuevo el turco.

—A ése, sí; mávalo—gruñó el timonel.

—¡No!—ordenó el contra maestre con voz seca.—A ése, no. ¡No permito que nadie le toque un pelo! ¡Ni hoy, ni mañana, ni nunca! Sacaremos de él un buen grumete. Me recuerda a un hijo mío que viviera, sería de su edad. Anda, haz lo que te digo. Pero poco ruido, ¿eh?

El corazón de Enrique palpitaba con fuerza. ¿Qué hacer? No había más que un recurso: avisar a su padre. ¡Ah! Pero ya era tarde: el turco había desaparecido por la escalera de la cámara, y él no podía acercarse a ella, porque los hombres que estaban en el puente le hubieran apresado.

Aunque con el corazón oprimido, conservaba su sangre fría y reflexionaba cuerdamente: su padre no estaba en inmediato peligro de muerte, según las órdenes del contra maestre. Por otra parte, nada podía hacer él contra varios hombres; era preferible obrar por astucia. ¿Cómo?

El muchacho sentía correr el tiempo con espantosa rapidez, midiéndolo por las palpitaciones de su corazón.

Un rayo de luz hirió sus ojos: el contra maestre acababa de en-

cender una mecha, y con ella dió luz a dos linternas. Colocó una sobre la bitácora, y tomó la otra.

Enrique se estremeció de terror; agazapóse cuanto pudo detrás del rollo de cables para evitar que le descubrieran.

—¡Tarda mucho!—decía el contra maestre.—Voy a ver que pasa. Vosotros, esperad aquí.

En aquel momento se oyó un grito en la cámara de popa.

—¡Socorro! ¡Socorro!—exclamó alguien.

—Es Ben-Hisar—dijo el contra maestre.—¡Ha perdido la partida! Pero aún es tiempo de ganarla. ¡Venid todos conmigo!

Volpi, seguido de los otros, se precipitó tumultuosamente en la cámara.

—Enrique se plantó de un salto en medio del puente.

—¿Qué hacer? ¡Dios mío! ¿Qué hacer?—exclamaba indeciso e impaciente.

Auxiliar a su padre, era imposible. ¿Qué podía él contra cuatro hombres?

Mientras tanto, el ruido crecía en el camarote de popa.

Un pensamiento sublime iluminó la mente del muchacho.

Cogió la mecha y la linterna que habían quedado junto a la rueda del timón, y se apoderó de un hacha que allí había. En tres saltos llegó a la santabárbara, hundió la puerta a hachazos con fuerza que duplicaba su misma desesperación, y penetró en ella.

Todo era desorden a bordo: en la cámara de proa el capitán se debatía furiosamente pugnando en vano por desasirse de los brazos de los tres marineros que habían corrido a ayudar a Ben-Hisar, quien se hallaba tendido en el suelo, medio ahogado bajo la presión de los férreos dedos de Raffadali; en el camarote de popa se alzaba la espantosa gritería de toda una tripulación despertada de improviso por el rumor de la lucha, y que en vano trataba de abrir la puerta, sólidamente asegurada por el bandido Sphakia. Y mientras tanto, el buque, abandonada la rueda del timón, iba dando tumbos sobre las olas, que comenzaban agitarse con la brisa, cada vez más fresca.

Enrique desfondó con el hacha varios barriles de pólvora, y tomando en una mano la mecha encendida y en la otra la linterna, que arrojaba un chorro de luz sobre su rostro, exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Volpi, Ben-Hisar, Sphakia! ¡Venid; venid todos!

El timonel, una vez asegurado el capitán corrió a la rueda del timón para enderezar el barco, que cabeceaba horriblemente. Al subir a cubierta vió con indecible espanto al hijo del capitán, que, con una mecha en la mano, estaba pronto a dar fuego a la santabárbara.

¡Ah, maldito!—rugió palideciendo; y se precipitó en la cámara de popa gritando:

—¡Volpi, Volpi! ¡Corred pronto, o hacen volar el buque!

El contramaestre apareció en el puente, sañudo, desgreñado, amenazador. Con voz breve dió orden al timonel de enderezar el barco; corrió a la santabárbara, y al ver la actitud del niño en cuyo rostro daba de lleno la luz de la linterna, lanzó un rugido, y le apuntó con una pistola.

—Es inútil—gritó el hijo del capitán.—¡Siempre caerá la mecha sobre el barril, y volará el bergantín con todos los piratas que hay a bordo!

El brazo levantado del contraamaestre cayó inerte.

—Di, muchacho—exclamó pálido de terror:—¿qué quieres hacer?

—¡Nada!—respondió Enrique con aterradora calma.—¡Hacer volar el buque!

—¡No; tú no harás eso, hijo mío!—replicó el pirata dulcificando cuanto pudo la voz.

—¿Qué no? ¡Mira!—Y el heroico niño bajó la mecha; ya iba a tocar la pólvora...

—¡Detente!—exclamó el contraamaestre, nervioso de coraje y sin atreverse a dar un paso. ¡Un momento!

Enrique alzó la mecha.

—¡Habla!—dijo con segura voz.

—¡Tú también morirás, si haces volar al buque!

—Lo sé; pero no me importa.

—¡Morirá tu padre!

—¡Mi padre! ¿No morirá lo mismo en vuestras manos? ¿No tenéis una cuenta que arreglar con él?

—¡Ah!—exclamó el siciliano estremeciéndose de ira.—¡Arroja esa mecha, hijo mío, y te daré cuanto pidas!

—¡Bien! Dame primero lo que pida, y después la apagarás tú mismo.

—Pide.

—Trae a mi padre al puente.

El contraamaestre vaciló; pero viendo decidido al pequeño héroe, comprendió que no le quedaba otro recurso, y ordenó que llevaran al capitán.

—Éste se presentó con los brazos ligados.

Al ver a su hijo lo comprendió todo, y sólo tuvo un gesto de admiración.

—¡Bravo, mi Enrique; bravo!

—Ahora—dijo el contraamaestre,—apaga la mecha.

—No; tengo algo más que pedir.

—Pide.

—Corta las ligaduras a mi padre, y que suba al puente toda la tripulación

—¡Imposible!—rugió el bandido con ira.—¡Perderé lo que he conseguido; perderé el *Palermo*; perderé el imperio de los mares!

—¡Pirata!—exclamó con desprecio el niño.—Conténtate con salvar la vida.

El bandido comprendió.

—Hemos perdido la partida—dijo con rabia.—¡Sphakia, que suba al puente la tripulación!

Algunos instantes después los marineros del *Palermo* se ali-neaban sobre cubierta.

—¡Corta las ligaduras del capitán!—ordenó a Ben-Hissar el contra maestre.

El capitán quedó libre.

—Y ahora, ¿qué haces tú?—preguntó el pirata a Enrique.

—Lo prometido.

Apagó la mecha, y se arrojó en los brazos de su padre.

Todo había quedado en silencio. De pronto se oyó la voz del capitán, que daba orden de aprisionar a todos los que habían intentado apoderarse del buque.

Minutos después eran llevados a la sentina, sólidamente amarrados, el contra maestre, el timonel y los tres turcos. Y el capitán Raffadali, tranquilo como siempre, se retiraba a la cámara de popa con su hijo.

A bordo volvió a reinar el orden habitual, como si nada hubiera sucedido.

—¡Bravo, mi Enrique!—exclamaba el capitán, ya en su cámara, abrazando a su hijo.—¡Eres un héroe de doce años!

—Y ahora, padre mío—preguntó el muchacho.—¿qué harás de esos cinco prisioneros?

—¡El primer rayo del sol de mañana alumbrará cinco piratas colgados de una antena!—respondió siniestramente el capitán.

—¡Padre mío!—exclamó el muchacho abrazando a su padre.—¿Y si yo te pidiera su vida y su libertad?

—No podría concedértelo. ¡Han pretendido asesinarme!

—¿Y si alguno de ellos hubiera salvado la vida a tu Enrique?

—Le perdonaría.

—¡Bien!—dijo el niño arrojándose al cuello de su padre.

Entonces le habló al oído largo rato; le contó cómo el contra maestre, el cabecilla de los bandidos, había dado orden de que a él no le mataran, por recuerdo de su hijo; le mostró que si salvaba al cabecilla no podía condenar a sus cómplices; le dijo, en fin, cuanto podía decirle, con el corazón en la mano, y cuando vió que una lá-

grima silenciosa se deslizaba por las bronceadas mejillas de su padre, preguntó de nuevo:

—Y ahora, ¿qué harás de ellos?

—Ahora, por tí Enrique mío, sólo por tí, les perdonaré la vida, y en la primera tierra que veamos desembarcaré a esos piratas.

Dos días más tarde, después de haber dejado en Malta a Volpi con sus cuatro secuaces, entraba airoosamente el bergantín-goleta en el hermoso puerto de Catania.



¡TESORITO!

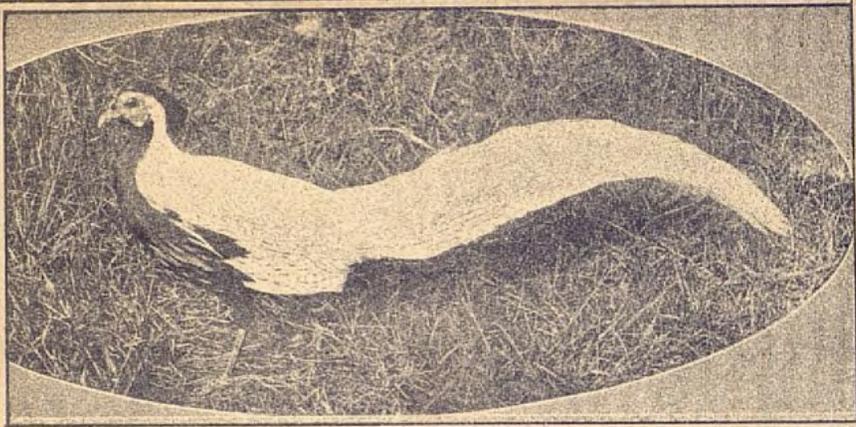
(Estudio fotográfico por Jorge Cullín Ayerza.)

CUADRITO



MAMITA, FELIZ AÑO NUEVO.

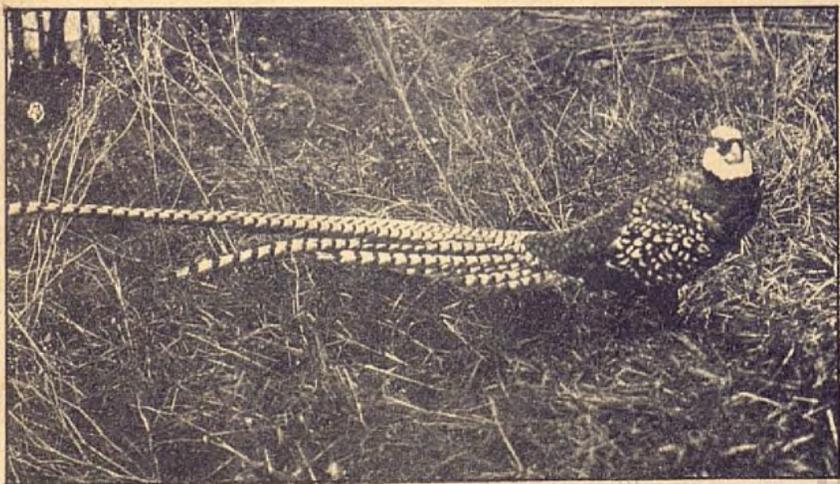
(Cuadro de Wagner)

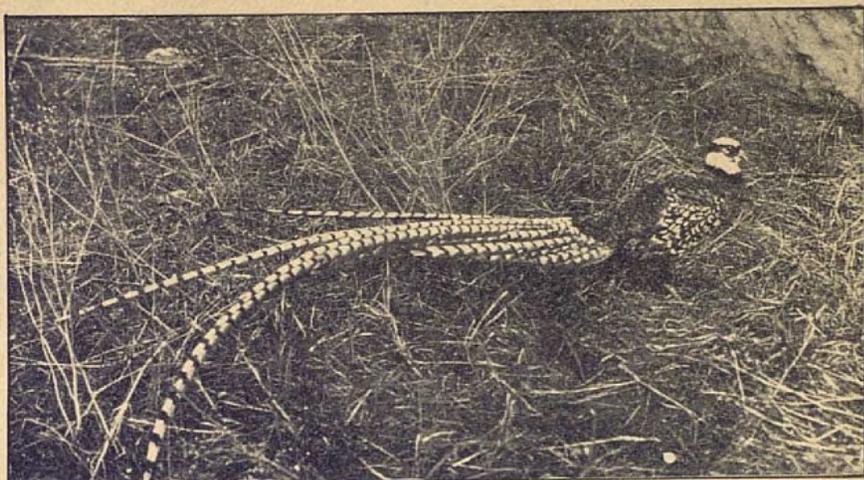


Aves Exóticas de Lejano Nido

Es verdaderamente interesante observar lo variado y bellissimo que es el reino de las aves. Reunen en su plumaje las formas y los colores más variados; y algunas parecen verdaderamente pájaros fantásticos, soñados por los autores de esos deliciosos cuentos de hadas para maravillar al mundo. . .

¿Queréis nada más bello que el pavo-real o que el ave lira? Pero esos, en verdad, son bastante conocidos. Allá muy lejos, en China, existe una variedad extraordinariamente bella de faisanes. ¿No habéis oído hablar de estos bellos pájaros de carne rica y de plumaje tan variado como de color lo es el arco-iris? Pues además de esas lindas especies que podemos llamar corrientes, viven en el norte y el sur





de China tres clases que han sorprendido a los naturalistas: una tiene plateado el plumaje que parece hecho por un pintor y de una sola pincelada; otra tiene una cola fina, elegantísima, y una especie de capotico alrededor del cuello originalísimo que contrasta con la tupida unión de grandes plumillas blancas con que adorna su cabeza; y la tercera ostenta una cola parecida a la de los faisanes corrientes, pero de cinco a seis pies de largo, curiosísima.

En China donde sus artistas gustan tanto de las cosas decorativas están muy bien estas aves que dan mayor color y fantasía a los encantadores paisajes.





Francisco Franquiz Vallés



Willy Arango
Alvarez Cerio



Angela Herrera Hernández



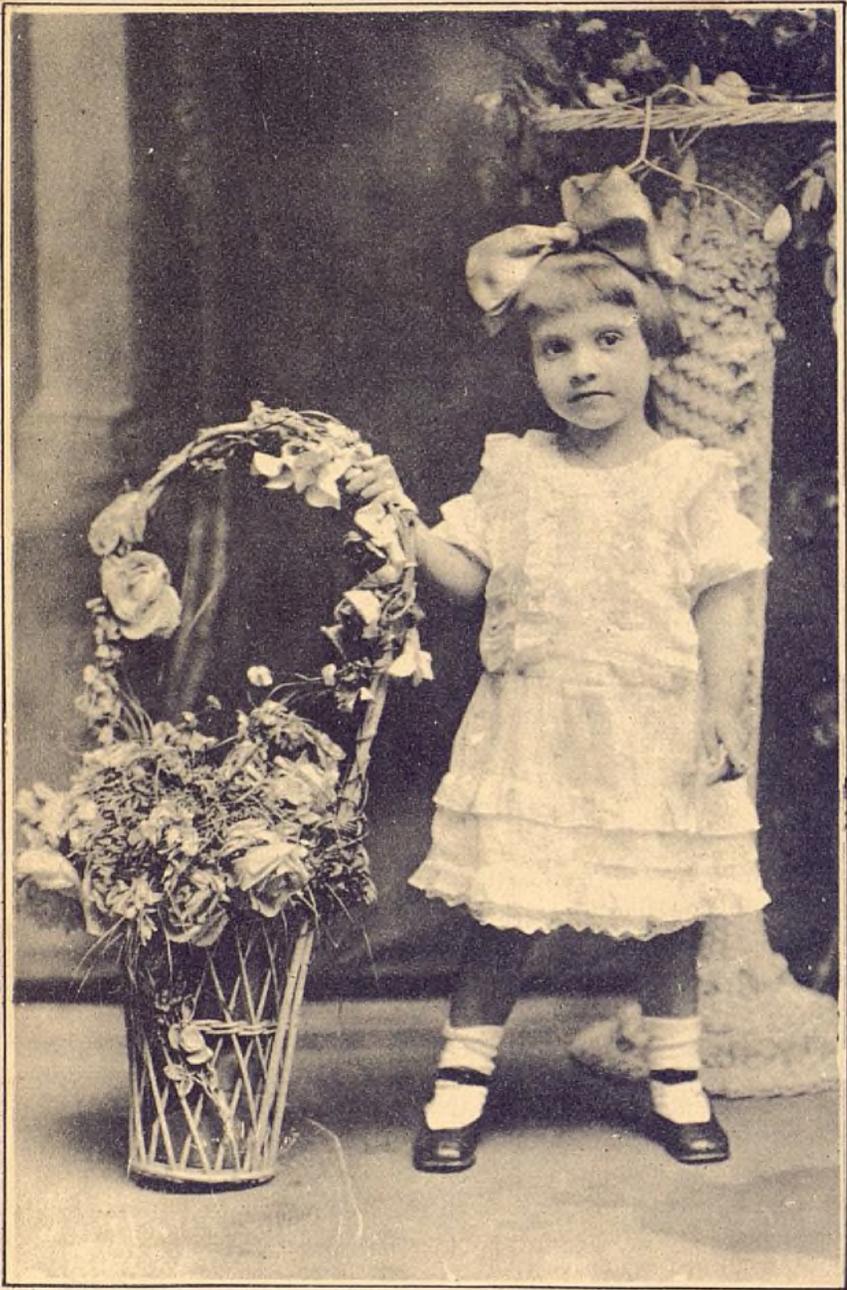
Maria Navarro
San Martín



Manolito Argote
fots. Mandel



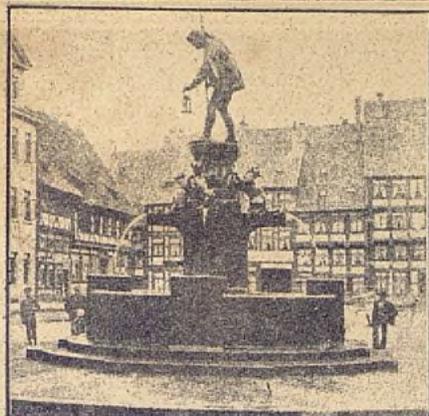
Florencia y Oscar
Bitchman Dorea



Lolita Cruz

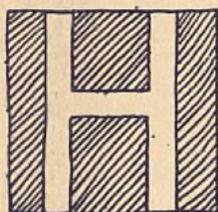
Del Cerro.

Phot. Muñoz.



Pequeños Héroeos Vistos por Grandes Artistas

LA FUENTE DE LOS GATOS, EN HILDESHEIM



Ha sido Alemania, el país que más fuentes y estatuas ha dedicado a la memoria de esos héroes encantadores con quienes reímos o lloramos, a través de los cuentos infantiles. Ya lo dijimos en otra ocasión cuando publicamos varias fotografías de la gran fuente del parque de Friedrichshain, en Berlín, donde los más célebres personajes de los cuentos de hadas están allí representados muy artísticamente. Hoy vamos a ocuparnos de otra fuente no menos célebre, que fué erigida, no hace muchos años, en la plaza del Mercado de la antigua e interesante ciudad de Hildesheim, y que se conoce con el nombre de *Fuente de los gatos*.

A primera vista parece dicha fuente un antojo de la fantasía festiva del constructor; pero los vecinos de esa típica ciudad saben de sobra que la fuente conmemora una de las leyendas más curiosas de la Alemania medioeval. En efecto allá en esos remotos tiempos rondaba por las noches las callejuelas de la ciudad el sereno celosísimo que todo lo vigilaba afanosamente. De pronto, dice la leyenda, se sintió acometido una noche por un extraordinario gato negro del cual intentó defenderse esgrimiendo su lanza. Pero... ¿cuál no sería su sorpresa al ver que, sin saber como, había aparecido otro gato que también le acometía? Fué a atacarlos de nuevo, y he aquí que aparece un tercer gato que se une a los otros y comienza a mallar

amenazadoramente. Repartió unos cuantos lanzazos más y entonces mallando al unísono saltaron los tres gatos hacia el lado opuesto de la calle, y rápidamente se añadió uno al terceto para convertirlo en cuarteto impresionante. Nunca como entonces infundieron tanto pavor cuatro gatos. El amedrentado sereno perdió la serenidad al oír que los gatos le decían: "Antes de que puedas contar hasta tres, te saltaremos al cuello." Sin saber qué providencia tomar en tan críticas circunstancias, tocó el sereno la bocina para llamar a sus compañeros de profesión nocturna; pero, ¡cuál sería su espanto al ver que, en vez del impetrado auxilio, se congregaba en torno suyo una multitud de gatos en actitud de echársele encima! Despavorido el sereno hizo la señal de la cruz, y como por ensalmo desapareció la legión felina sin dejar rastro. Apuntaba el día...

La fuente simbólica de esta original tradición está perfectamente adecuada a su finalidad conmemorativa, no sólo por el acierto del conjunto, sino también por la armonía y paridad de sus líneas con las antiguas construcciones de los siglos XV y XVI que forman la plaza del Mercado, en donde se levanta la fuente. El artista Seeboeck, autor del proyecto, ha dotado a su obra de todos los encantos del romanticismo medioeval, de modo que tuviese sabor de época y se acomodara a la índole de la leyenda que sirve de tema a la composición. El profesor Seeboeck acertó felizmente en la hermosa manera de representar la leyenda de los gatos. La figura del sereno está trazada con admirable propiedad y su actitud denota la disposición de ánimo que le dominaba en aquellos críticos momentos, cuando, armado de lanza y bocina en la derecha, y de la linterna en la izquierda, explora la calle. Ante él aparecen sobre el pedestal los cuatro gatos, que lanzan otros tantos chorros de agua, como símbolo de las fulgurantes miradas que sus ojos despedían contra el celoso guardador del sueño de sus convecinos. Todo parece estar animado de vida y movimiento en este grupo, que sintéticamente comprendía en las cinco figuras toda la síntesis de la curiosa leyenda.

En una robusta columna se abren los cuatro caños sobre los cuales están agachados los gatos, y el agua cae en una vasta cuenca, desde donde se distribuye a los cuatro cuerpos de la fuente, rítmicamente interrumpidos. Todo el cuerpo de la obra es de dolomita, cuyo tono verde gris oscuro armoniza admirablemente con el bronce en que están fundidas las figuras.

La *Fuente de los Gatos* se ha inaugurado recientemente y constituye un atractivo más que añadir a los muchos de la típica ciudad medioeval alemana. La figura del protagonista, el sereno vigilante, permanece en la fuente como en un trono, rodeado de las antiguas casas de madera, que le saludan reconociendo en él al jovial camarada de los tiempos en que recibieron en sus flamantes estancias a los primeros moradores.



Joe Masaguer Jr.—

Phot. Chilosa

Lo Que Lleva el Rey Gaspar

(CUENTO)

Por AZORIN



OS tres Reyes han salido de sus palacios. Los tres son viejecitos. El rey Melchor es alto, con una barba blanca, sus ojos azules y sus anteojos de oro. El rey Baltasar es bajo, un tantico encorvado, con un bigote largo y una perilla más larga todavía. El Rey Gaspar no usa nada en la cara; va afeitado, pulcro, correcto, pero su nariz cae un poco en gancho sobre la boca y en la comisura de sus labios hay algo como una sonrisa equívoca inquietante como una ironía vaga, desconsoladora. Yo os digo desde este instante, pequeños amigos míos, que no perdáis de vista a este viejecito. . .

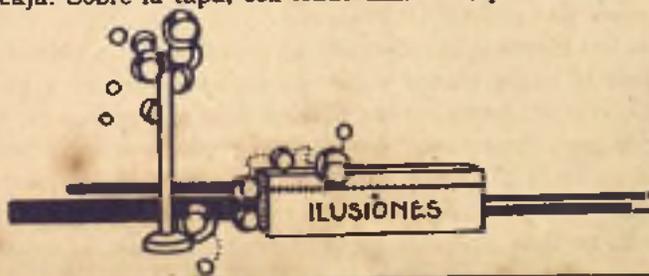
Los tres Reyes van caminando durante la noche por un camino largo; las estrellas brillan serenas, rutilantes, en la bóveda negra; abajo, en la tierra, tal vez en la lejanía remota, se oye un grito perdido o se ve el resplandor incierto de una lucecita. Esta lucecita indica una ciudad. Los Reyes han llegado ya a esta ciudad. Ya van a recorrer sus calles; ya van a detenerse ante las casas; ya van a meter las manos en sus grandes arcaces; ya van a dejar en los balcones sus dádivas ansiadas. Pero los tres se detienen un momento antes de penetrar en la ciudad. Antes—ya lo habréis oído contar—estos Reyes eran muy ricos y les ponían sus regalos a todos los niños de todas las casas, de todas las ciudades; pero el tiempo ha corrido mucho; las circunstancias han cambiado mucho para los Reyes, y estos tres excelentes monarcas, a fuerza de prodigar sus dones, han venido a ver grandemente mermado su caudal. Quiero decir que Gaspar, que Baltasar y que Melchor se ven todos los años en el terrible compromiso de no dejar sus recuerdos preciosos, sino a tales o cuales niños que el azar les designa.

Los tres Reyes se han detenido a las puertas de la ciudad. Melchor, el de la barba blanca y los ojos azules—no creáis a quien os lo pinte con la tez negra,—tiene delante de sí una gran arca, que él ha abierto para inspeccionar qué es lo que queda en ella, Baltasar, el de la perilla y el bigote—reiros de los que os lo representen de otro modo—tiene también una arca, y en ella, con el mismo fin, no tiene arca, no tiene equipaje, no tiene ningún camello, ni caballo, ni

asno en que llevar lo que ha de regalar a los niños, pero tien euna nariz un poco encorvada y unos labios que expresan una ironía suave, vaga, inquietadora.

Los tres Reyes han hecho ya su arqueo y se disponen a penetrar en la ciudad. Como van siendo ya pobres, ellos no llenan las cestas que hay en todos los balcones, sino que, según la comodidad o el capricho, dejan sus mercedes y regalos en unos—que son pocos—y pasan de largo ante otros—que son muchos.—He de deciros que para que sean más los niños favorecidos, los tres Reyes han convenido, no en donar los tres sus regalos a todos los niños elegidos, sino en que cada uno haga una donación a cada niño. Y así, de tarde en tarde, Melchor se para delante de una casa y abre su arcón, luego deja en la ventana su dádiva. Lo que este rey de la barba blanca regala, se llama "Inteligencia". Al cabo de un largo rato, Baltasar se detiene ante otra casa y mete la mano en su tesoro; después pone su dádiva en la ventana. Lo que este rey del bigote y de la perilla dona tiene por nombre "Bondad".

Y sólo este histórico rey Gaspar, este rey de la nariz picuda y de los labios apretados, sólo este rey pasa, y pasa, y pasa ante los balcones y no se detiene sino ante uno, o dos o tres de cada ciudad. Y ¿qué es lo que hace entonces el rey Gaspar? ¿Qué es lo que regala este rey? ¿Por qué es tan sórdido, tan avaro, tan riguroso en sus regalos? Todo el tesoro de este rey está en una diminuta caja de plata que él lleva en uno de los bolsillos de su levita—no olvidad que los reyes usan ahora levita.—Cuando Gaspar se detiene ante un balcón, allá, muy de tarde en tarde, él echa mano de su pequeña caja, la abre con cuidado y pone su donativo en el balcón. No es nada lo que ha puesto; es una cosa insignificante; es como humo que se disipa al menor viento; pero este niño favorecido con tal regalo gozará de él durante toda la vida y no se separarán de él ni la alegría ni la felicidad. El rey Gaspar ha depositado ya su regalo. Sus ojos verdes—¿no os he dicho antes que eran verdes?—brillan fosforescentes; su nariz parece que baja más sobre la boca, y en los labios se dibuja con más profundidad su ironía vaga. Acercáos, pequeños amigos míos; yo os quiero decir lo que el rey Gaspar lleva en su caja. Sobre la tapa, con letras diminutas, pone: "Ilusiones".





Manuel José, Nellie, Willy,
Carlos y Maria Cristina de
Góngora y Masón

Fot. Bonari.

CADA UNO A SU OFICIO

FABULA NUEVA

DEL FILOSOSO NORTEAMERICANO EMERSON

Por JOSÉ MARTÍ

La montaña y la ardilla
 Tuvieron su querella:
 —“¡Váyase Usted allá, presumidilla!”
 Dijo con furia aquella;
 A lo que respondió la astuta ardilla:
 —“Si que es muy grande Usted, muy grande y bella;
 Más de todas las cosas y estaciones
 Hay que poner en junto las porciones.
 Para formar, señora vocinglera,
 Un año y una esfera.
 Yo no sé que me ponga nadie tilde
 Por ocupar un puesto tan humilde.
 Si no soy yo tamaña
 Como Usted, mi señora la montaña,
 Usted no es tan pequeña
 Como yo, ni a gimnástica me enseña.
 Yo negar ni imagino
 Que es para las ardillas buen camino
 Su magnífica falda:
 Difieren los talentos a las veces:
 Ni yo llevo los bosques a la espalda,
 Ni Usted puede, señora, cascar nueces.



LOS NIÑOS EN EL ARTE



LOS NIÑOS DEL CAPITAN LITTLE; POR ROMNEY

Jorge Romney, famoso pintor inglés del siglo XVIII, nació en 1734 y murió en 1802, dejando numerosas obras, todas ellas admirables, y entre las cuales figura este lindo grupo infantil, lleno de gracia y suavidad.



Mené Rodríguez Cáceres y
Morales Pasalodos.

Fot. American Photo.



EL ARTE DE LA ESCULTURA

La célebre fuente de la rana, obra de Janet Scudder, que existe en la casa de Rockefeller. La rana aparece debajo, en primer término, encantada ante los sonidos que el niño arranca a su mágica flauta.

BANDERAS y ESCUDOS



REPUBLICA DOMINICANA

Capital: Santo Domingo.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Alicia
Franquiz

Maria T.
Fabio
Losada





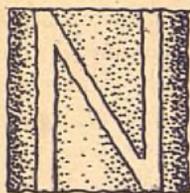
Isabelita Chá-
vez y Rensofi.

Foto. Jáuregui.



Pedro Pablo
Napoleón Chávez.

Cómo se Fabrican los Juguetes



NO tiene, vista por dentro, nada de agradable la fábrica de muñecas. La pintura ensucia las mesas y los suelos; Las pastas usadas en la fabricación rezuman de los tableros y de los estantes; los recortes de hojalata, los trapos, la estopa, el serrín y papelotes de mil clases, forman por los suelos montones de desperdicios. Si la futura muñeca está destinada a copiar vuestros semblantes alegres y sonrosados, el taller en que nace está lejos de parecerse al paraíso de que os trajeron a vosotros, adornados de cintas y flores y llevados por un par de serafines, según todos sabemos.

La parte más esencial de una muñeca, la que le da valor en el mercado, es la cabeza. El industrial pone en ella todo su arte, y casi siempre el molde es debido a algún escultor de mérito.

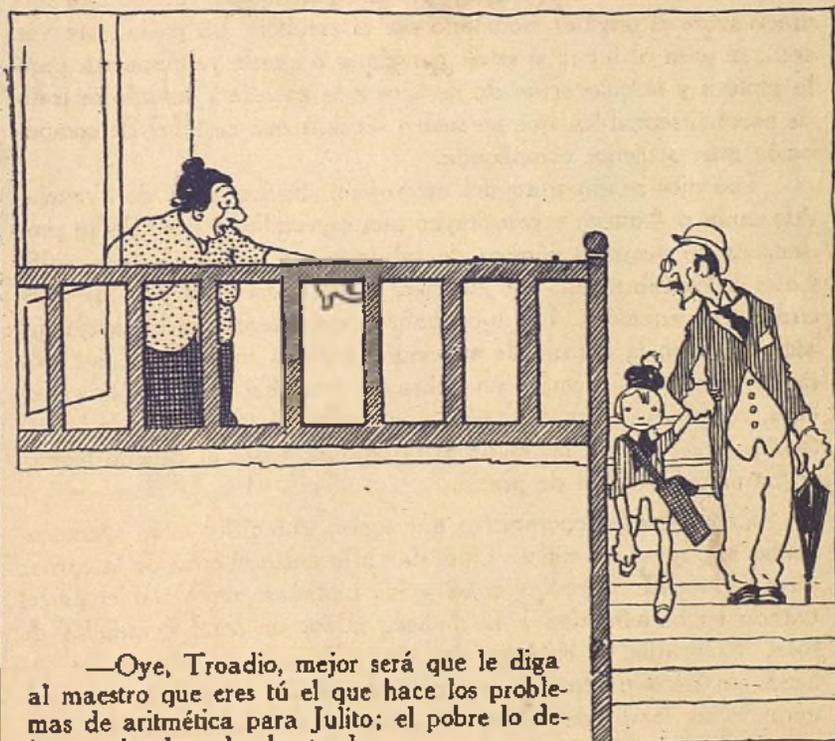
Se da forma a la cabeza, como a las demás partes sólidas de un bebé, vaciando una pasta a propósito en moldes que se han formado sobre el original modelado por el escultor. La pasta, una vez seca, se pasa al horno si es de porcelana o queda ya dispuesta para la pintura y la colocación de los ojos y la cabellera cuando se trata de pastas irrompibles, que no suelen ser más que cartones de composición más o menos complicada.

Los ojos se importan del extranjero. Suelen venir de Francia, Alemania o Austria, y constituyen una especialidad que sólo se produce en un pequeño número de fábricas, que surten de ojos artificiales a los fabricantes de juguetes, a los ortopedicos y a los disecadores de animales. Los ojos, habréis oído decir, son el espejo del alma, y como la mirada de una muñeca no es cosa baladí, los ojos del bebé son casi siempre una obra de arte. En cuanto a la cabellera, se utilizan para formarla todo género de fibras, desde la estopa y la lana para las muñecas ordinarias, hasta el cabello humano para las muñecas de precio.

Casi todas las operaciones que siguen al moldeo están encomendadas a mujeres y a niños. Unos dan a la pasta el color de la carne; otros pintan de negro las cejas y las pestañas; otros con el pincel untado en carmín, dan a la muñeca labios de coral o mejillas de rosa. Colocados en su lugar los ojos y la peluca, déjanse las cabezas en unos palitroques o secadores, donde pasan algunos días mirando con caras de indiferencia cómo se van fabricando las piernas, los brazos y los cuerpos en cuya unión han de pasar a la tienda del vendedor.

En otras secciones del taller se estampan juguetes metálicos: tranvías, locomotoras, caballos, etc. Estos objetos suelen ser de hojalata. Una maquinaria especial corta y da relieve a las diversas piezas que, soldadas o ensambladas, formarán el juguete. Cada pieza se forma de un sólo golpe de la máquina, mediante el cual un troquel de acero saca, de una plancha de metal, la pieza completa. Unida ésta a sus parejas, falta sólo pintar el juguete, operación confiada también a niños o a mujeres.

En otros departamentos se construyen cocinas, salitas de madera o cartón, muebles, etc. Oficios diferentes intervienen en todos ellos; carpinteros, soldadores, empapeladores, relojeros y muchos otros, según sea el material y las condiciones del juguete.



—Oye, Troadio, mejor será que le diga al maestro que eres tú el que hace los problemas de aritmética para Julito; el pobre lo dejan castigado todas las tardes.

(De "A Careta", Río Janeiro.)



TRAJES DE INVIERNO

Un vestido de seda suave y verde con bordados a punto de cruz en verde más obscuro, y una cinta negra en el talle; otro de terciopelo negro con *guimpe* de organdí y adornos de piel de castor; un tercero de *duvetyn* azul con piel de ardilla, otro de lanilla gris con bordados de estambre, y el último de *crepe de Chine* beige con encajes del mismo color y un ligero bordado en plata y azul, son los modelos que ofrece PULGARCITO a sus pequeñas lectoras para terminar el año.



LOS CONDENADOS

DEBIDO DE MEDINA VERA

UN PAVO.—¡Qué familia tan simpática! ¡Qué buen recibimiento hemos tenido!
 EL OTRO.—¡Sí, chico...! ¡Me parece que lo vamos a pasar muy bien!

EL ZORRO Y LA CIGÜEÑA

FABULA DE LA FONTAINE

Compadre Zorro se propone un día
 Gastar mucho dinero.
 Y a su comadre la Cigüeña envía
 Cortés un mensajero
 Rogándola comer en compañía.
 Fué el regalo mezquino
 Y sin mucho aparato;
 El galán, un avaro de lo fino,
 Vivía parcamente
 Y ofreció nada más por todo plato
 De leche con azúcar una fuente.
 Estorbó a la Cigüeña el largo pico
 Y no probó alimento;
 En tanto, el compadrico
 Lamió toda la fuente en un momento.
 Por vengarse de burla semejante,
 A poco la Cigüeña le convida.
 —“Con mucho gusto,” respondió el tunante,
 “Con mis buenos amigos en la vida
 Gasté yo cumplimiento.”
 Así que del convite llegó el día,
 De la Cigüeña fué al alojamiento.
 Alabó su extremada cortesía
 Y del festín lo raro y exquisito;
 Ponderó sobre todo su apetito
 (Nunca faltó a los zorros, a fe mía);
 De la carne el olor le delectaba;
 Y muy tierna y sabrosa la juzgaba;
 Pero en trozos pequeños dividida.
 En vasos especiales fué servida.
 De la Cigüeña el pico
 Entraba en esos vasos fácilmente;
 Mas del Zorro el hocico
 Pugnó por penetrar inútilmente.
 Volvió en ayunas a su casa al cabo,
 Corrido y con mohina
 Cual Zorro a quien atrapa una gallina,
 Contra las piernas apretando el rabo,
 Dando al viento sus quejas
 Y gachas las orejas.

Los que engañáis arteros a los otros
 Cuidad que no os engañen a vosotros.



EL GRAN PARQUE ZOOLOGICO DE HAMBURGO

Era un curiosísimo lugar, célebre en el mundo entero, porque de allí salían casi todas las fieras y demás animales que había en otras partes o que tenían los domadores. Su propietario y fundador se apellidaba Hagenbeck, que murió en 1913 y tenía algunos depósitos de animales en Europa, cinco en Asia, tres en Africa y uno en América, estando al servicio de ellos más de sesenta cazadores.

El depósito más célebre en Europa era este parque de Hamburgo, donde los animales tenían lugares adaptados a sus costumbres y al clima del país de donde procedían. Este interesantísimo parque se ha tenido que cerrar a consecuencia de la guerra, pues no había modo de alimentar y cuidar a tantos animales.





EL INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA tiene el honor de participar a sus clientes y amigos que ha trasladado sus oficinas, talleres y almacenes a su nuevo edificio en la Avenida de Almendares y Bruzón. (Ensanche de la Habana). Teléfono M.4732.

Grabados e impresión de documentos comerciales. Papel de carta, Carteles, Folletos, Periódicos y Catálogos.

FUNDADO EN 1916.



Nuestro Gran Concurso

TENEMOS el placer de participar a las ya muy numerosos admiradores (y no decimos lectores, porque nuestra revista es más gráfica que literaria), que estamos acabando de redactar las bases de nuestro concurso, preparando el acertijo o rompecabezas que ha de ser la codiciada meta; y esperamos noticias de los hoteles, líneas de vapores, empresas de ferrocarriles, etc. etc. a quién hemos pedido datos completos.

Nuestro concurso consistirá en premiar a un lector afortunado, con un viaje **ABSOLUTAMENTE GRATIS** a las tierras californianas, llenas de luz y alegría, donde se hacen 95 por ciento de las mejores películas del orbe. No excedemos mucho en los concursos de belleza o de simpatía, donde (con excepciones contadas) se premia a la artista cuyo agente local haya mercado más votos. Y estamos seguros que los amigos de CINELANDIA preferirán este método, y algunos ya estarán preparando la maleta.

Veán el próximo número de CINELANDIA, el de Abril donde daremos los últimos detalles de este sensacional concurso (sin votos).

OSCAR H. MASSAGUER.

Director—Gerente.



40^C

INSTITUTO DE
ARTES GRÁFICAS
1 - 20

ESTE ES EL NUEVO
PRECIO DE "SOCIAL"
LA REVISTA QUE PRE-
FIEREN TUS PAPÁS.

INSTITUTO DE ARTES GRÁFICAS DE LA HABANA
Cerro 528. — Telf. 1-1119. — Grabadores e impresores

PATRIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA